



HEMEROTECA  
MUNICIPAL

# EL MOTÍN

Año XLII

Madrid, Sábado 13 de Mayo de 1922.

Número 19.

## EL MOTÍN

PERIÓDICO SEMANAL  
SE PUBLICA LOS SABADOS

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN  
ALBERTO AGUILERA, 52, MADRID

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid y provincias, 1'50 pesetas trimestre, 3 semestre, 6 año.—Ultramar y Extranjero, 10 pesetas año.—Pago adelantado.—Corresponsales, 1'50 pesetas 25 números.—Número suelto 10 céntimos.

Los suscriptores directos tendrán derecho a recibir cuanto se publique en esta gaceta, con el 25 por 100 de rebaja.

## De jueves á jueves

La semana ha sido de *españolada*.  
Semana española traducida de un mal escritor francés.

En la Plaza de Toros de Madrid ha muerto de una corrada un espada de fama, y ha habido en España como ción general. Manolas de mar tilla que besan al desgraciado muchacho y quieren retratarse arrojando flores sobre el féretro; coronas y acompañamiento de títulos, escritores y ricachos; coplas populares dedicadas al héroe; sol ardiente y perfume de rosas que empiezan á abrir.

Hasta la protesta de un Sr. Bastos en el Congreso y su petición de que se supriman las corridas de toros han servido para que el jefe del Gobierno, desde la cabecera del banco azul, pregone lo legítimo de la fiesta, y aun lo patriótico, ya que los toreros exponen su vida muchas veces «para aliviar la situación de los soldaditos de Marruecos».

¡Bravo, *monsieur* Sánchez Guerra! Me parece ya estar leyendo en un periódico de París:

«El secretario de Estado y de despacho *senor* Sánchez que, como todos los nacidos en Córdoba estuvo obligado por las leyes á matar toros en su juventud, hizo cuestión de gabinete que hubiera corrida todos los domingos; y también quiso cimitir el ministro de Fomento *senor* Calderón, que es uno de los picadores más famosos y valientes que ha habido en la bella España.»

También alegó como mérito el se-

ñor Sánchez Guerra que hay corridas en el sur de Francia y en América. Que las corridas de toros son, por decirlo así, artículo de exportación.

Una de las pocas exportaciones en que, según las muestras, no ha intervenido el escrupuloso y taurófilo señor Bastos.

No hay que devanarse los sesos en discutir si los toros son más ó menos crueles que el boxeo, las carreras de caballos y las riñas de gallos. No hay que asustarse de nada; y me resulta increíble tener que hacer esta recomendación á un *regionalista*.

Parece que la verdad, por triste que sea confesarlo, es que en todos los pueblos hay una levadura de crueldad que ha de originar una fermentación en una ú otra forma. Quizás la ciencia de gobernar consista sólo en administrar bien esa levadura.

La cultura, que tanto preocupa al Sr. Bastos, no es incompatible con la fiesta de toros. La misión de cultura de la gran Prensa es innegable (al menos para mí) y véase cómo ha dedicado al suceso planas enteras; y distinguidos escritores que en punto á velar por la cultura dejarán al Sr. Bastos en mantillas cuando el caso llegue, se han apresurado á anunciar folletos en que se hablará de las eficiones, de los anales y de las faenas del héroe muerto, desde antes de partirlo su madre hasta nuestros días.

El Sr. Sánchez Guerra ha presentado el lado patriótico de las corridas; pero se ha olvidado de presentar su lado religioso.

La multitud que en 1835 quemó los conventos de Barcelona, es que había salido indignada de la plaza por la fiolidad del ganado corrido, según refieren los historiadores más graves.

Soltad toros bravos, y la piedad cristiana no tendrá nada que temer.

Pues ¿y el lado político? ¿Hay nada más conveniente que un acontecimiento taurino cuando se trata de hacer públicos unos presupuestos fingidos en que se habla tranquilamente de sesenta millones para gastos extraordinarios en Marruecos?

Los llamo «fingidos», á ver si me entiende el Sr. Sánchez Guerra, como se llama «fingidas» á unas pueitas de las plazas de toros que parece que llevan á alguna parte y le dejan á uno en el callejón. A cada cual, sus similes.

¿Verdad, Sr. Sánchez Guerra, que

no hay placer como colocar unos presupuestos al revuelo de un capote?

Otro término del cuadro: tres ahorcados. Cofrades, ensotados, sombras de capuchones y resplandor no muy lejano de hogueras.

También debemos á la gran Prensa detallada noticia de que los reos llevaban estampas de santos, de que el actual verdugo de Burgos ha ejecutado (buena carrera llevar) á cuarenta y siete reos; con otros pormenores de las muertes muy de agradecer.

El Gobierno no ha aconsejado el indulto, á mi entender con un gran sentido de la historia española desde su punto de vista. Así como Hircio dice habiendo de la batalla de Munda, que «parecía que los dioses inmortales habían hecho el día brillante y sereno expresamente para una batalla», parecía que esta semana de aguafuerte estaba hecha para una ejecución.

Faltaría algo al conjunto, si no se hubiese recibido el martes en Pamplona, con toda la ceremonia que merece, un brazo, añejo de varios siglos, de San Francisco Javier.

Voy á aventurar una pequeña y me parece que ortodoxa opinión sobre las reliquias:

¿Qué pensarán los santos que se pasaron la vida despreciando y martirizando el cuerpo por no concederle importancia ninguna cuando estaba vivo y lustroso, al ver que luego se guardan, ensalzan y veneran trozos suyos en lamentable estado?

## Contra la pena de muerte

Es hoy un verdadero anacronismo la pena de muerte. Se concibe que tribus bárbaras maten por un sentimiento de venganza al que les haya ofendido en cualquiera de sus miembros; se concibe que un pueblo comovido por un crimen horrendo, ponga violentamente las manos en el que lo haya cometido; no se concibe que fira, calculadamente, en hora dada, en determinado sitio, y por un más ó menos doloroso procedimiento, se quite la vida á una mujer ó á un hombre por delitos que cometió hace tiempo y han casi desaparecido de la memoria del pueblo.

¿De qué cura esto? Ejecutada la pena en campo libre y á la vista de millares de espectadores, no impidió ni contruvo nunca la repetición de los más feroces crímenes, hijos casi siempre de avasalladoras pasiones; menos los ha de contener donde, como en los Estados Unidos sucede, se la



ejecuta en el fondo de una cárcel, en presencia de un corto número de testigos, llenos de tristeza aun los mismos verdugos. Son las ejecuciones todas actos verdaderamente horribles, más horribles que los delitos que se castiga. En éstos ha habido siquiera obcecación, aberraciones de la conciencia, algo que los atenúa para todas las almas pensadoras; en aquellos, nada más que el frío cumplimiento de leyes absurdas que ni la justicia ni la Humanidad legitiman.

¿Cuándo será que se borre de los Códigos esas infames leyes? El sentimiento público las rechaza y las condena. Bien claramente nos lo dicen las voces pidiendo indulto que se levantan cada vez que se trata de ejecutar un reo; las ardientes réplicas de los pueblos rurales en que se ha de levantar el cadalso. Ahórrsenos ese espectáculo, dicen a una las gentes. Claman por el indulto las mismas autoridades civiles y eclesiásticas, el diputado del distrito, el senador de la provincia, la Prensa, todos. ¿Se consigue, afortunadamente, el indulto? Se bate palmas y se ensancha el ánimo. ¿Qué ha sido, por otra parte, a la sociedad, el derecho de vida y muerte sobre sus individuos?

Como de nuestro cuerpo, se dice, amputamos el miembro que, por lo gangrenado, puede comprometer nuestra vida, de toda sociedad prudente debe amputarse al que, por grandes crímenes, compromete su existencia. La existencia de las sociedades, replicamos nosotros, la comprometen, no los crímenes que en los cadalsos se castiga, sino la general corrupción de los hombres que las dirigen y de los que a su sombra viven y medran. Si en la pena de muerte se hubiera de castigar a los que comprometen la existencia de las sociedades, ¿cuántos que se honra y se respeta hoy por las posiciones que ocupan o la riqueza que poseen, habría que llevarlos al cadalso?

La abolición de la pena de muerte no implica la de las demás penas; ¿por qué no se habría de abolir a lo menos la de muerte?

Es repugnante ver aún sentado en los umbrales de los Palacios de Justicia la fatídica sombra del verdugo repugnante, saber que hay aún hombres que se prestan a matar a semejantes suyos de quienes no recibieren nunca agravio. La Humanidad, ante la sola existencia del verdugo, debería sentirse avergonzada y confusa; debería airada sublevarse y quemar en públicas hogueras las tablas del patíbulo; fundir los torniquetes; echar la maza en lo más hondo del mar, a fin de que no quedase de ellos ni rastro ni recuerdo.

FRANCISCO PÍ Y MARGALL

## ¿QUE HACEN LOS FRANCISCANOS?

El otro día vimos en un teatro del Parello una función en la que sale un fraile franciscano conviniendo con los legionarios. Menos mal que los autores han sellado la boca al tal fraile, no dejándole *parlotear*, aunque se lea ve clara la intención de haber presentado un remedo del famoso P. Revilla, mezcla híbrida de soldado fraile, con el crucifijo en el pecho y el revólver a la cintura.

Los periódicos que nos dieron una larga y abrumadora lata con este fraile, hace tiempo que no lo mencionan para nada; y aquella figura fantoche, que tanto nos

puso en ridículo ante Europa, parece que se ha esfumado.

Sin embargo, en Marruecos abundan los frailes franciscanos. Tienen allí establecidas unas misiones, que datan de luengos años, con el fin de evangelizar y convertir a los moros al cristianismo. Cuando éramos jovencitos recordamos haber leído en el colegio una obra voluminosa escrita por un noble francés, que tenía este título: «Historia de las misiones francesas en Marruecos». La lectura de aquel libro nos causó en aquella época una profunda impresión. Místico y exaltado nuestro corazón, se enternecía ante el relato de aquellos pobres frailes que se presentaban enardecidos ante el sultán y los moros, pagando con su vida entre horribles martirios su arrojo y su encendida fe.

Pero esto sucedía hace siglos; los franciscanos no han salido de Marruecos, continúan siendo misioneros en aquel país, pero no son martirizados como antes; viven ahora felices y tranquilos, comiéndose las subvenciones que vienen de España, entre una propaganda estéril, que no ha producido, después de tantos años, ningún fruto, absolutamente ninguno.

El moro es de todos los infieles el más refractario al cristianismo. La Iglesia tiene prosélitos entre los chinos, indios, japoneses, salvajes, negros, etc.; pero no tiene un solo católico entre los moros que haya abdicado del mahometismo y se haya bautizado. Retamos a los frailes franciscanos residentes en Marruecos a que nos señalen una cábila, una tribu, una agrupación, un solo moro convertido al catolicismo por sus predicaciones.

Tienen en Tínger un obispo ó vicario apostólico, varias iglesias y residencias en poblaciones colocadas bajo nuestro protectorado, y dos escuelas que cuentan al erario español trescientas cincuenta mil pesetas al año y algo más, y, además, se alzan con el sustancioso donativo que para escuelas en Tínger hizo el difunto marqués de Casa Riera. E. más: tuvieron la habilidad de vender al Gobierno terrenos, que ya eran suyos, por el cuádruple de su valor. A las escuelas de los franciscanos sólo concurren cuatro chiquillos desarraigados; en cambio, a las escuelas protestantes concurren los hijos de las principales familias moras.

¿Qué hacen los franciscanos en Marruecos? Porque su misión no es la que realizaba el andariego P. Revilla con sus botas de montar y su pistola. Es otra muy distinta; es evangelizar y convertir al moro, a esos moros que jamás renegaban de Mahoma para pasarse a la bandera de Cristo.

Volvemos a retar a los frailes franciscanos a que nos den la lista de las mujeres, hombres y niños moros que hayan convertido al cristianismo y dónde está establecida una agrupación de moros conversos. En cambio, se han registrado numerosos casos de apostasías de frailes que se han pasado a la ley de Mahoma atraídos por el cebo del harén musulmán, aunque no carecen de su gineceo entre las cristianas que allí residen. A cualquiera moro que se le pregunte:

—¿Hacen muchos cristianos los frailes?...

R. sí donderá invariablemente:

—Los frailes no hacen cristianos de los moros; pero sí hacer con las cristianas cristianos pequeños.

Claro que esto es una calumnia infame de los moros, que no conciben al hombre casto y célibe, ni aun por motivo religioso. Pero indica que el prestigio de los frai-

les no está allí muy alto y que la esterilidad absoluta de su propaganda evangélica es allí pública y notoria.

FRAY GERUNDIO

## Las dos procesiones

Vi la del Congreso Eucarístico, y vi la de los obreros en el primer día de Mayo. En las dos iba la cruz de Jesucristo.

Pero de muy distinta manera. La procesión del Congreso llevaba la cruz en todos los estandartes.

La de los obreros la había suprimido en los estandartes, y la llevaba en las personas.

Los que iban en la Eucarística y a la sombra de la cruz, eran grandes de España, banqueros, negociantes, ricos casi todos, y presentaban aspecto brillantísimo.

Los que iban en la otra eran obreros, trajos pobres, mucha gorra, pocas corbatas y conjunto pobre y deslucido.

Los estandartes de la primera eran de plata, de oro, de raso, de terciopelo.

Los de la segunda, de pintado pino y algo de hoja de lata.

E. un palabrita.

La procesión de los devotos llevaba evidentemente muchas cruces en el aire, y ninguna en el alma.

La de los obreros, ninguna en alto y muchas en la vida de sacrificios y privaciones.

La corte de Jesucristo Sacramentado era de accionistas del Banco que reparte dividendos fabulosos, protegido como está por políticos devoto financieros.

El ejército de los trabajadores, el sin cruz material era el que no come, ni tiene luz, ni casa, porque todo eso lo explotan los fervorosos acaparadores, caseiros y negociantes usurero-extáticos a lo Santa Teresa.

Ahora habría que preguntar:

¿Qué cruz es la que salva? ¿La de plata que corona pendones, ó la de vida que hace beber humillaciones y amarguras?

Si es la de plata, todos aquellos millonarios que, oliendo a H. bigant y sintiendo holandés en el cuerpo, formaban el brillante séquito del Nazareno, van camino del cielo.

Si es la del alma, las pobres gentes que celebraron el primero de Mayo son las que siguen el camino de salvación.

En la procesión de millonarios, la tropa formó guardia de honor. En la de los pobres, la Guardia Civil iba a corta distancia como en son de amenaza.

Allí los sables protegían contra posibles ataques del pueblo. Aquí rodeaban al pueblo para que no atacase.

Meditemos.

¿Ea qué procesión iba Jesús? Pero ¿caen dudas en este asunto? ¿No está claro que iba con los devotos y con el clero vestido de sedas y armiños?

No está claro, porque a todos hemos leído que los *opulentos* y *refinados* griegos y romanos llamaban piosos y mendigos a los Apóstoles y a los primeros cristianos, enamorados, como el Santo de Asia, de la pobreza. Y sería raro que andando los tiempos hubiera venido a suceder que los *refinados* y *opulentos* cristianos llamaran mendigos y demagogos a los que hablan todavía de fraternidad y no tienen ni una mala acción del Metropolitano.

Yo no acabo de creerlo y vi más ambiente cristiano en la comitiva de los obre-



ros que en la de niños bien y maestran-  
de Ronda y de Sevilla.

Algo debo haber de monstruosamente  
dilatado y cambiado en nuestra sociedad,  
cuando el arzobispo de Génova, que di-  
cen que es un santo, entre la balumba de  
diplomáticos, casi todos conservadores y  
respetabilísimos, le vantó su copa unién-  
dose con los bolcheviques.

RAFAEL ESCALERA

## La Fiesta del Trabajo

Apenada, dolorida, con amarga sensa-  
ción, he visto transcurrir el día que con-  
memora la fiesta sagrada impuesta por la  
voluntad de nuestro trabajador, único que  
tiene derecho a imponerse fiestas en su  
larga carrera de continuos sufrimientos;  
que no la voluntad de un hombre, ni el  
capricho de determinadas gentes han de  
reglamentar el descanso de los obreros.

¡Si la Fiesta del Trabajo ha transcu-  
rrido este año, sin que al parecer se con-  
muevan los corazones, al menos en Barce-  
lona, esta población entraña del idea-  
lismo más marcado y donde desuellan  
con más pasión los sentimientos de liber-  
tad, igualdad y justicia.

He aquí por qué yo he visto con pena,  
con dolor, con amargura, el transcurso de  
este día tan digno de celebrarse por todos  
los que sientan palpar su corazón a im-  
pulsos de la rectitud y del amor.

Y se compran Cortadas las alas de  
los hombres libres, reprimidos los senti-  
mientos de cuantos experimentan deseos  
de redención y de equidad, sólo han que-  
dado en libertad relativa los pusilánimes,  
los cobardes, los que no conciben al hom-  
bre emancipado; los que vegetan contentos  
con obedecer a la voz de un amo, sin  
pararse a meditar si aquella voz responde  
a la razón, al despotismo ó al capricho vo-  
luntario de un ser inconsciente.

Han tratado, y en parte lo han conse-  
guido, matar toda iniciativa redentora, todo  
el palpitar de los corazones templados en  
el crisol de los sacrificios populares, desti-  
tuyendo de aromas a la flor, de verdura al  
bosque, de encantos a la aurora, de poesía  
a las puestas del sol, y de serena mas-  
tad a las calladas y misteriosas noches.  
Han dejado sólo lo árido, lo triste, lo in-  
coloro, lo inarmónico, lo insustancial, lo  
material, lo muerto.

He aquí por qué ha faltado el entusias-  
mo, por qué no han destlumbado con su  
brillo esos vivos resplandores que en de-  
terminadas fechas iluminan la vida de los  
pueblos, prestándoles atractivo moral y  
enalteciéndolos inusitadamente.

Mas, al fin, lo anormal parece haber con-  
cluido; se abren las mazmorras, y aunque  
con desesperanzados de tortura, el cuer-  
po social se recupera, adquiere su elasti-  
cidad, prueba a andar, y ve que aun le res-  
ta movimiento a pesar de su prolongada  
inacción.

Si, el engranaje de esta máquina se ha-  
ce menos premioso, y ofrece facilidad al  
operador, siempre que lo maneje con ha-  
bilidad y soltura.

Preciosa, por tanto, alentarle en su obra  
benéfica y digna.

¡De pié todos! No perdamos el tiempo  
en divergencias contraproducentes ¡Aten-  
damos a la voz de nuestro deber, que nos  
llama con clamoroso acento, indicándonos  
nuestra obligación en el momento actual!  
¡Hagamos la cadena de unión, y no per-

mitamos que se repitan los abusos. las ti-  
ranías y los despotismos hasta ahora la-  
mentados, para bochorno de los buenos, y  
satisfacción de los retrogrados!

¡Viva la libertad! ¡Viva el progreso!

ANGELES LÓPEZ DE AYALA

Barcelona, 1 de Mayo de 1922.

## Fantasia celestial

Un santo dicen que en el cielo había  
que, siempre sin devotos, se aburría.  
Cansado del quehacer de no hacer nada,  
al Señor acudió con quijotes tales  
que, encontrándola *Aquel* muy razonada,  
la petición del santo ius cursada  
y resuelta en los centros celestiales.

Y la gracia pedida  
le fué al punto al momento concedida,  
dándole facultad para hacer cosas  
que eran, como de un santo, milagrosas,  
estruendosas y raras;  
¡cómo que daba a las mujeres feas,  
aunque tú no lo creas,  
hermosísimas caras,  
y a la más horrorosa  
que rezase con fe, la hacía hermosa!

No creo necesario  
añadir que acudieron las devotas  
de un modo extraordinario.  
des de tierras extrañas y remotas  
a visitar el nuevo santuario;  
y cuando guapas luego se miraban,  
a la imagen un óculo le daban.

Al principio, al buen santo  
el beso aquel le entusiasmaba tanto,  
que prometió hacer bellas con exceso  
a todas las que el beso  
le diesen en la cara en vez del manto;  
y viendo las devotas peregrinas  
que al besarle en la cara  
las hermosas poníanse divinas,  
ni una quedó que el manto le besara;  
y aun más de una había  
que el óculo en la cara repetía  
con grave detrimento, pues notaba  
el santo cada día

que su rostro ¡oh dolor! se desgastaba.  
Y al sentir tan continuo besuqueo,  
víctima ya de aterrador mareo,  
es fama que entre dientes dijo el santo:

—Las vuelvo hermosas y me ponen feo...  
¡Buena es la devoción, pero no tanto!

FEDERICO CANALEJAS

## ¿En qué quedamos?

Nadie sospechaba en Calahorra que las  
cabezas de los mártires Emeterio y Cele-  
donio se conservasen en la catedral de  
aquella ciudad, hasta que hace años, al  
practicar ciertas obras de reparación, se  
encontraron los operarios con dos cala-  
veras que, debidamente examinadas por los  
señores del cabildo, resultaron ser, a ju-  
icio suyo, las mismas que usaron en vida  
los santos referidos.

Nadie sabe (ni esto importa a los verda-  
deros creyentes) en qué pudieron fundar  
tan estúpida identificación; pero el he-  
cho se hizo público, y fué públicamente  
celebrado.

Desde entonces aquellos dos mártires  
tienen cuatro cabezas: las dos halladas en  
Calahorra y las otras dos que se conser-  
van desde tiempo inmemorial en Santan-  
der.

A raíz del descubrimiento invité en un  
periódico a la prensa católica santanderi-  
da a que pusiera en claro lo de las cabe-  
zas, pero perdí lastimosamente el tiempo.  
Los periódicos católicos de Santander no  
dijeron una palabra sobre lo ocurrido en  
Calahorra, como si obedecieran a una  
prudente consigna; porque si difícil era  
probar que pertenecieron a Emeterio y  
Celedonio las calaveras de Calahorra, no  
era más fácil demostrar que las de Santan-  
der son las mismas que aquellos santos  
llevaron sobre los hombros.

Verdad es que la tradición y la leyenda  
explican (satisfactoriamente para todo  
buen católico) cómo se encuen-  
traron las cabezas de dos hombres des-  
capitados en Calahorra. Sis verdugos las  
arrojaron al río Cidacos, el Cidacos las  
llevó al Ebro, y el Ebro las condujo al Me-  
diterráneo. Allí, y en un pequeño barco  
de piedra, se dirigieron al Estrecho de Gi-  
braltar, pasaron al Atlántico, siguieron el  
litoral Oeste de la Península, doblaron el  
cabo Finisterre, llegaron al Cantábrico y  
pusieron la proa al puerto que hoy se llama  
de Santander. Al entrar en éste se in-  
terpuso una roca, le embistió el pequeño  
barco, y la horadó, siguiendo tranquilamen-  
te su rumbo hasta llegar al muelle.  
(Ahí está la *Peña Horadada* que no nos  
dejará mentir.)

Varios escritores religiosos y alguna poe-  
ta de fuste han referido, con gran edifi-  
cación de los fieles, esta maravillosa odisea.

Todo esto debió ocurrir hace unos diez  
y siete siglos (¡ayer, como quien dice), por-  
que aquellos santos mártires sufrieron el  
último suplicio en el año 300 de la Era  
Cristiana, según el Padre Crasset.

¿Y no es una verdadera lástima que el  
obispo y el cabildo catedral de Calahorra  
se empeñen en echar por tierra una leyen-  
da tan edificante y tan fructífera?

Porque si resulta que las gentes dan en  
creer que las cabezas de los santos no sa-  
lieron de Calahorra, se acabó la maravi-  
llosa historia del viaje, y ya pueden los  
devotos de Santander echarse a buscar  
otras cabezas, que buena falta deben ha-  
cerles.

STONE

## INCOHERENCIAS

Por los sueños conocemos, aun dormi-  
dos, el siglo en que vivimos y la raza a  
que pertenecemos.

El que sueña que le embiste un toro,  
puede estar seguro de que es hijo de la  
raza ibérica; esas cosas no las sueñan las razas  
inferiores.

El que sueña que se le viene encima ro-  
dando a todo rodar un gran tonel de cer-  
veza, es de raza germánica; apuesto cinco  
duros.

Si sueñas que estás borracho ¡oh, lector!  
no te quepa duda; eres inglés.

Si sueñas que te han metido en el ha-  
rem de un sultán, de fijo eres turco... ó  
turca.

En los sueños y en las pesadillas, se co-  
noce el progreso de los tiempos.

¿La francmasonería? —Una gran fuerza  
motriz; pero es sensible que en España no  
tenga aplicación. Fuerza perdida por no  
aplicarse a nada malo ni bueno. En pasa-



das épocas hizo grandes cosas; en otras naciones las hace todavía, las hará siempre en su lucha contra el fanatismo y la ignorancia.

Entré en la masonería lleno de ilusiones y de juvenil confianza; pronto dejé de concurrir á las logias, pues descubrí una cosa que me llenó de ira; allí tenía que considerar cofrades y tratar fraternalmente á personas cuyo trato no puede convenirme: á príncipes y reyes.

Muchas gracias.

Cuando se discurre sobre las miserias del proletariado, no falta jamás quien diga que los pobres tienen compensaciones en la esfera del sentimiento. En efecto, esas serían compensaciones, si los ricos carecieran de sensibilidad; pero esto no puede afirmarse de una manera absoluta.

No deja de tener gracia la teoría de las compensaciones, que hace felices á muchos desgraciados. Por mi parte, sólo sé que cuando era muchacho les gustaba á las viejas bailar conmigo; y hoy que soy viejo las chicas no me hacen caso: conque no veo la compensación.

Y lo mismo serán las de la vida futura... en el supuesto de que haya vida futura.

Suponed un fraile anciano á la puerta de un convento, humilde, conversando con un soldado curtido, maltrcho y roto. ¿Quién haría caso de semejante par? ¿No se prestaría más atención á una cortesana radiante de lujo y á un sietemesino vestido á la última moda?

Y, sin embargo, el fraile pudiera ser Carlos V y el soldado podría llevar en la mente el plan de Don Quijote.

Dos cosas degradan y prostituyen á los hombres, á las familias y á las sociedades: la extrema pobreza y la abundancia excesiva.

Si España está perdida, lo debe en parte á los tesoros de América, á la miseria moral engendrada por el oro.

Los galcones de América venían cargados de oro, plata y pedería; ¡cuánto más discreto hubiera sido traerlos cargados de tierra vegetal para cubrir nuestros terrenos áridos!... Otra sería nuestra suerte.

La nada y lo infinito son inconcebibles para el hombre. De esta insuficiencia del entendimiento humano surgió la idea de la existencia de Dios. Para la humanidad Dios es una X. Esta incógnita es probable que no se despeje nunca.

Los que más hablan de Dios son los poetas; pero en sus versos no pasa de ser un ripio.

Newton decía: «No creáis lo que no está demostrado.»

Pero yo empiezo á creer que hay un Dios soberano y absoluto, al ver que el mundo está tan mal arreglado.

En casi toda Europa se conoció el derecho de perrada. Ejecutábase el señor feudal con la tranquilidad del que ejercita un derecho; pero en aquellos siglos turbulentos eran frecuentes las muertes prematuras; muchos nobles perecían en edad temprana y sus viudas heredaban el consabido derecho.

Los plebeyos, pues, tenían compensaciones.

Un padre puede saber más que sus hi-

jos; pero un bisabuelo no puede saber tanto como sus biznietos.

Lo más triste en el mundo no es que muchos piensen mal, sino que muchos piensen, pensando bien, transijan con el error.

NICOLÁS ESTÉVANEZ

## PASA-CALLES

## LO QUE ME DIJO MANOLITA

Yo me llamo Manolita, tengo diez y siete años y soy *Mimi* de profesión. Soy de familia disinguida; pero murió mi padre y nos quedamos sin nada. Quedamos nosotras mujeres solas, con una pensión de catorce duros al mes. ¿Qué hacer? Mis padres no se ocuparon de mi educación, y aunque sé leer, escribo malamente. Soy bonita, ya lo sé; pero como ser bonita es mi único patrimonio, sólo he podido ampararme en eso, en que soy bonita. Mi primera idea, así como la de mi madre, fué la de casarme. Mientras empeñábamos los últimos restos de lo que fué nuestra casa, esperé la llegada de un muchacho guapo, joven y rico. Todas las noches soñaba con él; todas las mañanas me componía para presentarme á él; todos los días salía á la calle y le buscaba á él en paseos, tiendas, templos, teatros, y él sin aparecer. Una gitana me dijo que él estaba al llegar; una bruja me dijo que estaba en camino. Aprendí á echarme las cartas, y todos los días me anunciaban buena ventura. Devoraba novelas y me sentía heroína. Toda mi esperanza estaba en una sorpresa, en un milagro, en la Lotería, á la que era muy aficionada. A veces me entraba un gran desasosiego, y entonces me metía en la cama y allí permanecía horas y horas, abandonándome, primero, á las locuras de la imaginación; después, al llanto; y finalmente, al sueño. Llegué hasta carecer de jabón para el tocador. Y así pasó más de un año, hasta que un día le dije á mi madre: «No te apures.» Y salí á la calle y volví con cincuenta duros.

Desde entonces no he carecido de nada; pero entre un joven guapo y un viejo sesentón, hay bastante diferencia. Me cansé y decidí cambiar de postura. ¿Qué más daba ya! En algunas juergas adonde me llevó mi amigo, conocí algunas muchachas como yo, que actuaban en musé-halls, cabarets, cafés concierto. Me presenté un día al director, fui admitida y aquí estoy. Con que ya sabe usted mi historia, que poco más ó menos, es la misma de todas las demás compañeras.

—¿Y cuánto ganas?

—Diez pesetas.

—Diez pesetas y lo que caiga, ¿no?

—No, señor; no puede caer nada. Nos está prohibido aceptar proposición alguna de los parroquianos.

—¿Por qué?

—Porque los parroquianos que consiguen su objeto, generalmente no vuelven. Esta es la orden más severa que tenemos. Nuestra obligación consiste en bailar con el que quiere y en la forma que él quiere; en este punto hay libertad, la más absoluta y omnímoda libertad; después, beber, fumar, comer, cuanto más y más caro mejor; y finalmente, después de dos ó tres horas de *coba*, dejarles con un palmo de narices, con promesas que no se cumplen nunca. Nuestro mérito consiste en el gasto que se hace por nuestra causa.

—Pero vosotros no cumpliréis esta orden al pie de la letra.

—Claro que no! Pero procuramos no perder ningún parroquiano para no perder la casa, que, al fin y al cabo, es nuestro escenario, nuestro escaparate, nuestra bolsa. Ya ve; mi viejo sesentón me buscó de nuevo, y es mucho más espléndido desde que actuó en esta casa...

—¿Y de salud, cómo andas?

—No muy bien. Usted verá. Para justificar los convites, una se ve obligada á comer y beber á todas horas; después de champagne, cognac; después, un té; luego, un beefsteak; después, un vermuth; más tarde, benedicti-

no á ajeno... Calcule usted al final cómo está el estómago. Es cierto que no me importa gran cosa; ya sé que he de morir joven como todas. Para este efecto, á los veinticinco años ya somos viejas. Menos mal si se encuentran luego algún buen padre de familia que quiera á última hora presumir de joven.

—¿Y sois muchas?

—¡Hoy! ¡Muchísimas! ¡A miles! Y es natural, señor. Yo he conocido á muchas chicas de las que tienen un oficio. Trabajan como negras, las explotan sin conciencia, y encima las desprecian. Como una muchacha pobre no puede escoger más que entre la lástima y la envidia, yo y muchas como yo preferimos que nos tengan envidia, y hasta nos divierte hacer rabiar á más de cuatro señoras, pensando en lo mucho que han despreciado nuestra pobreza y en el placer que encontraban humillándonos. Así es la vida. Los hombres saben yudanse más unos á otros; las mujeres, no. Por ahí andan muchas hablando de feminismo y no se acuerdan de nosotras para nada. ¿Por qué no se asocian para salvar nuestra miseria? Estas señoras escriben demasiados libros; pero no hacen nada. La mayoría parte de las compañeras apenas si saben leer. ¿Qué arma se nos ha dado para defendernos? Ninguna. Que no nos critiquen, pues. Los hombres son malos, egoístas, embusteros, fríos, calculadores y viciosos; pero en vista de que las mujeres que pueden nos abandonan, en ellos encontramos refugio. Nuestra salvación está precisamente en los vicios de los hombres. Nuestra salvación y nuestra venganza. El placer de dominar á un hombre y hasta de envilecerle si es posible, es el único placer que nos es dado gozar en la vida... ¡Que paguen unos y otros el abandono en que nos tienen y que no se vayan al otro mundo de rositas! Ya que no podamos cantar la libertad, porque la mujer está entre cadenas toda su vida, cantemos el champagne, el amor fácil y la ruleta.

¡Hurra!

Por la transcripción

AMADEO VIVES

El Liberal.

AMIGOS QUE HAN ENVIADO CANTIDADES PARA AYUDAR Á EL MOTIN

Luis de Dios. Peñaranda de Bracamonte, 4 pesetas. J. Alius, Málaga, 25; José Clavero, Benamargosa, 4; Jesús Ibáñez, Sopuerta, 3.

## CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Palma-Sauces.—Manuel Guardia. Abonada su suscripción á fin Diciembre 1922.

Idem.—Jacinto Martín. Id. á fin Diciembre 1922.

Idem.—Faustino Hernández. Id. á fin Diciembre 1922.

Idem.—José Pérez. Id. á fin Diciembre 1922.

Sedavi.—Francisco Rodríguez. Id. á fin Mayo 1923.

Idem.—Sociedad Gremial. Id. á fin Marzo 1923.

Magacela.—E. Chamizo. Id. á fin Octubre 1922.

Muras.—Luis Baamonde. Id. á fin Abril 1923.

Peñaranda de Bracamonte.—Luis de Dios. Id. á fin Diciembre 1922.

Ataca.—Sociedad de Trabajadores. Id. á fin Marzo 1923.

Sopuerta.—Jesús Ibáñez. Id. á fin Diciembre 1922.

San Juan de Mediona.—J. Sala. Id. á fin Agosto 1922.

Utrera.—E. González. Recibido su giro de 3 pesetas. Cor. forme.

Montijo.—Francisco Zambrano. Id. de 2,70. Cor. forme.

Imp. Juan Pérez.—Paseo de Valdecilla, 2.—Madrid.